

Pablo Victoria

El día que España derrotó a Inglaterra



De cómo Blas de Lezo, tuerto, manco y cojo, venció en Cartagena de Indias a la otra "Armada invencible"

La vida del Excelentísimo Almirante Don Blas de Lezo y Olavarrieta —nacido en Pasajes, Guipúzcoa, en 1689— constituye una de las carreras militares más fulgurantes y menos conocidas de España a pesar de todas sus gestas heroicas. Fue herido varias veces en combate, perdió una pierna, un brazo lo tenía inutilizado y había quedado tuer-to. Este «medio-hombre», como le apodaron sus contemporáneos, fue quien derrotó en 1741 frente a las costas de Cartagena de Indias a la nueva «Armada Invencible» inglesa; una flota de desembarco de 186 navíos que sólo sería superada en el tiempo por la del Desembarco de Normandía.

Un increíble acontecimiento asombrosamente desconocido en España, pero recordado con orgullo por los colombianos, donde el vasco Blas de Lezo es considerado un héroe nacional tras la gesta del Sitio de Cartagena de Indias.

Después de la guerra de Sucesión española, Inglaterra ascendió a la condición de primera potencia mundial: su flota era la mayor entre sus rivales, había ocupado partes del territorio de España, como Gibraltar y Menorca, y eliminado la fuerza militar de Francia. El siguiente paso en los planes de los comerciantes y los aristócratas ingleses era apoderarse de las Indias españolas.

En 1741, una descomunal flota inglesa zarpó con el objetivo de apoderarse del puerto de Cartagena de Indias. Si éste caía, los invasores dispondrían de una cabeza de puente desde la que dividir el Imperio y cortar las comunicaciones del virreinato de Perú con la Nueva España y con Madrid. Tal era la fuerza de esta flota, y tan seguros estaban los ingleses de su victoria, que antes de la batalla acuñaron unas medallas para celebrar la rendición de la plaza.

Sin embargo, los invasores ingleses no contaban con la tenacidad y el valor de Don Blas de Lezo y la prestancia de

un puñado de españoles que, a pesar de ser superados considerablemente en número, se plantaron ante el enemigo consiguiendo una de las victorias más aclamadas de la historia militar española.

A los héroes peninsulares y neogranadinos que dieron
su vida por España, la Patria común;
a la lealtad de los vascos, que así también lo entendie-
ron;
a España, que tras ciento ochenta y cuatro años de im-
pensada separación, me devolvió la nacionalidad per-
dida.

INTRODUCCIÓN

Me vino a la mente escribir la biografía de Don Blas de Lezo cuando, recién llegados a España en octubre de 2001 — después de una larga trayectoria política y académica en Colombia, mi tierra de origen y antiguo Virreinato de la Nueva Granada—, quise buscar su biografía para deleitarme leyendo lo que desde joven conservaba en la memoria como uno de los episodios más apasionantes de la historia colombiana y peninsular. Me movía la impresión de que, siendo España su tierra natal, aquí habría más información sobre este heroico marino que tanto lustre dio a las armas españolas; sobre todo, pretendía encontrar algo más que el simple registro enciclopédico de unos hechos históricos.

Blas de Lezo es un héroe muy conocido y querido por los colombianos pues, contra todo pronóstico, defendió Cartagena de Indias promediando el siglo XVIII, cuando una flota invasora puesta a la mar por Inglaterra pretendió conquistar la ciudad y estrangular el Imperio Español en América. En efecto, el 13 de marzo de 1741 asomaba sobre las costas de Cartagena, en el antiguo Virreinato de la Nueva Granada, la mayor Armada invasora que Inglaterra había lanzado contra España. La comandaba el almirante Sir Edward Vernon. Los planes de los ingleses eran apoderarse de todo el Imperio Español de ultramar, estrangulando la yugular de la ruta del tesoro americano por Panamá, sometiendo la plaza amurallada, «Llave» de las Antillas, y penetrando hacia Santa Fe de Bogotá hasta alcanzar los ricos reinos del Perú. Era esta una nueva Armada Invencible que, compuesta de 180 navíos, superaba la de Felipe II, y quizás

la mayor de todos los siglos, después de la Armada que atacó las costas de Normandía en la II Guerra Mundial. El ejército invasor estaba constituido por 23.600 soldados (entre ellos, 2.700 hombres de las colonias norteamericanas, comandadas por el hermano de George Washington, futuro libertador de los Estados Unidos) y cerca de 3.000 piezas de artillería. Frente a ellos, las posesiones españolas sólo estaban defendidas por 2.800 hombres y seis navíos. Estaba Inglaterra tan segura de su victoria, que hasta mandó acuñar monedas conmemorativas del triunfo. En ellas se leía: «La arrogancia española humillada por el almirante Vernon» y «Los héroes británicos tomaron Cartagena, 1.º de abril de 1741». En dichas monedas aparecía el Almirante inglés recibiendo la espada de Blas de Lezo, quien, arrodillado, la entregaba a su conquistador. Pero Inglaterra no pudo lograrlo. Se lo impidió este heroico general de la Armada, que tuerto, manco y con una pierna amputada —por todo lo cual era llamado medio-hombre— demostró que quien los ingleses tenían enfrente era a todo un hombre y medio. Finalmente, el envalentonado agresor se retiró con su Armada desmantelada y sus hombres diezmados por los combates y las enfermedades. La derrota fue la mayor humillación que nación alguna hubiese sufrido, particularmente dada la superioridad de las fuerzas y las celebraciones anticipadas de la victoria, amén de las conmemoraciones numismáticas que se habían hecho. Por ello Inglaterra escondió su derrota; ocultó las monedas y medallas; enterró en el olvido su desmantelada Armada, aunque a la muerte de Vernon se enterró a éste en el panteón de los héroes nacionales, la Abadía de Westminster, con un falaz epitafio que rezaba: «Sometió a Chagras, y en Cartagena conquistó hasta donde la fuerza naval pudo llevar la victoria».

Por todas estas circunstancias, en Colombia Blas de Lezo forma parte constitutiva de nuestro orgullo y glorias nacionales, casi como si lo hubiésemos adoptado como propio aun en tiempos de la República. Pero al no encontrar

ningún libro sobre su vida, decidí que debía escribir alguno, pues todo lo que había podido reunir eran referencias de enciclopedias y escritos que, más bien, describían, aunque sucintamente, los acontecimientos en torno a la guerra librada en Cartagena contra la Armada inglesa. Desde entonces, pocos historiadores han hablado del suceso. Las enciclopedias más importantes lo mencionan en pocos párrafos y hacen una muy breve descripción de los hechos. Es incomprensible, pero nadie ha puesto de relieve la importancia que tuvo para España aquel acontecimiento, ni el grave peligro que para ella significó; la monumental obra *Historia de España*, compilada por Menéndez Pidal, apenas lo menciona; tampoco le hace justicia la obra de Martínez Campos, *España bélica*, y casi la pasa por alto en dos páginas; mejor tratamiento le da Eduardo Lemaitre en su *Historia general de Cartagena*, pero, aunque enjundiosa, es una historia muy local, de interés casi puramente colombiano y, por tanto, de poca relevancia internacional; Enrique Marco Dorta trata el tema y hace un importante estudio sobre las fortificaciones de la plaza en su libro *Cartagena de Indias, puerto y plaza fuerte*; también narra el episodio Juan Manuel Zapatero en *La Guerra del Caribe en el siglo XVIII*, y describe las fortalezas que defendían a Cartagena en su libro *Fortalezas españolas en América*, pero, en general, la historia también quedó sepultada en España, que no la guardó debidamente en su memoria, quizás porque también la olvidó Inglaterra. Los mencionados son libros eruditos, de circulación restringida, que sólo se consiguen en bibliotecas especializadas. Esto sucede, tal vez, porque los vencedores, que a la larga fueron los ingleses —y lo digo en el sentido más amplio que pueda dársele— nunca se ocuparon de la difusión del tema por la vergüenza que en su momento les produjo. Esto nos confirma que la historia, por desgracia, casi siempre es escrita por los vencedores. Es un hecho cierto que, en términos generales, ningún español, y por supuesto, ningún inglés o estadounidense, ha

oído hablar de este tema ni de lo que allí se jugaba; tampoco ningún hispanoamericano, salvo si es colombiano. Ello significa que si Inglaterra hubiese vencido en el sitio de Cartagena, y aun en el supuesto de que el Imperio Español no hubiese caído en sus manos, el mundo hoy tendría una más completa noción de aquellos acontecimientos y su relevancia militar, porque todo ello se hubiese contado en los libros de historia patria de los colegios y hubiese recibido ampuloso tratamiento académico.

Volvamos a mis pesquisas. Lejos de amilanarme ante las dificultades encontradas, me puse a investigar con redoblado entusiasmo en distintas fuentes, cartas, manuscritos y documentos, hasta ir armando el rompecabezas para construir una especie de historia coherente, más fácilmente entendible del lector desapercibido; del cuidadoso análisis del *Diario de Guerra* del general Blas de Lezo, así como del diario del coronel Carlos Desnaux, pude intuir la trama que se va desarrollando a lo largo del libro y que culmina en la ruptura final acaecida entre el virrey Don Sebastián Eslava y el heroico marino.

He intentado ajustarme lo más posible a la evidencia histórica; pero allí donde han faltado datos, o éstos han sido incompletos, he juzgado oportuno llenar el vacío con diálogos y representaciones posibles, analizadas las circunstancias de ciertos hechos e indicios. Así, para separar lo estrictamente histórico de lo aproximadamente novelesco, he puesto en letras cursivas aquello que corresponde a lo extraído directamente de los diarios y documentos, dejando en letra normal lo que ha sido de forzosa conclusión y que corresponde a lo más lógico y probable, aunque dicho y concluido así por el autor. Los únicos sitios en donde no se emplea esta regla son las oraciones en latín y algunas otras en castellano donde no se tiene conocimiento de las que, en realidad, se emplearon. No obstante, he querido mantenerlo todo dentro de una sana coherencia, en atención a que la historia es también una novela que trasciende, por

mucho, la simple cronología de ciertos hechos y acontecimientos humanos.

Por ejemplo, es históricamente desconocido quién era el llamado paisano que espiaba para los españoles en Jamaica, ignorándose asimismo cómo obtuvo la información que fue conocida de la Corona sobre las intenciones de Inglaterra. Allí me he tomado la libertad de no sólo darle nombre propio, sino de especular sobre la idea de que tal información fue conocida por una delación de alguien, y ese alguien lo sitúo en cabeza de un hombre de confianza (ése sí ficticio) de Lawrence Washington, el medio hermano del libertador de los Estados Unidos, quien participó en la guerra contra España y luchó en Cartagena de Indias al lado del almirante Vernon. Pero no por esto se debe creer que tal sujeto no existió, pues es bien sabido que por aquellas épocas los personajes de relevancia andaban con criados y asistentes de cámara. Luego, tampoco es torcer demasiado la historia; ni resulta torcerla en exceso ubicar la entrevista de Washington y Vernon en Jamaica, pues, aun si no hubiese sido allí, lo cierto es que en alguna parte, no conocida de la Historia, este par de hombres tuvieron que haberse entrevistado, dada la admiración que Washington le profesaba y que se materializó con el bautizo de su casa en Virginia como Mount Vernon. Licencias como éstas, o como que el virrey Eslava increpara al general Blas de Lezo por llevar un diario de guerra, no hacen violencia a la historia, pues, al final, resulta cierto que el Virrey escribe a las autoridades españolas dando cuenta que el General padecía «achaques de escritor que le inducía el país o su situación». También me he tomado la libertad de corregir, en muchas ocasiones, la versión original de los textos documentales, dada la dificultad lingüística y, en ocasiones, la mala redacción de los mismos. He creído más conveniente traducir al lenguaje moderno lo que de suyo resultaría pesado, antiguo y hasta incomprensible. Empero, en algunas

ocasiones he dejado el texto sin retocar allí donde he juzgado que es suficientemente claro.

Dada, pues, la circunstancia de que Inglaterra escondió la derrota sufrida por la más grande armada puesta en aguas desde la Invencible de Felipe II, la escasa documentación, los informes fragmentarios e ignorancia histórica que existen sobre el personaje, me he permitido licencias que enriquecen los episodios y dan explicación a lo que, de otra manera, permanecería en la oscuridad. El mismo tratamiento que doy a la estrategia inicial del ataque contra Cartagena y al cambio de planes —hechos, por lo demás, históricos— constituye una más lógica explicación de un extraño comportamiento que no ha sido explicado por los historiadores que ya se han ocupado, aunque de manera superficial, del tema. De modo parecido, las desavenencias entre el virrey Eslava y Blas de Lezo no tendrían explicación alguna, a menos que se vieran dentro del contexto desarrollado en el libro. Y esto tiene una tremenda importancia, pues a tales discrepancias no se les ha dado el tratamiento merecido, quizás por el afán de presentar la imagen de dos hombres que impidieron, como pudieron, que el Imperio cayera en manos de una potencia enemiga.

He creído firmemente que Blas de Lezo no murió por las leves heridas sufridas en el combate de Cartagena. No parece verosímil que unas astillas clavadas en su humanidad hubiesen podido terminar con la vida de nuestro héroe, si se toma en consideración el largo tiempo transcurrido entre las heridas y el desenlace fatal: del 4 de abril, fecha en que las recibe, al 7 de septiembre, fecha en que muere; es decir, cinco meses. Porque, si las astillas se hubiesen infectado, creemos que la infección se habría desarrollado más velozmente y hubiese dado cuenta del marino con mayor anticipación. Creemos más factible que fue la fiebre tifoidea, desarrollada por las condiciones del propio asedio, lo que terminó con su vida. Es un hecho histórico que la peste cayó sobre los ingleses con una severidad extrema y es suma-

mente probable que fue la misma enfermedad la que afectó a Lezo. En esto, pues, discrepo de los demás historiadores que dan por sentado lo otro como causa cierta.

Haciendo estas salvedades, el lector podrá confiar en que el relato es perfectamente verídico y ajustado a los hechos históricos. Ha sido, si se quiere, el fruto de armar la trama a partir de situaciones y frases tomadas de los documentos históricos y de recrear un pedazo de la historia de España, de sus hombres y de su Imperio.

Por último, debo dar mis agradecimientos a las personas que colaboraron para que esta obra fuese posible; en primer término, a Cristina, mi esposa, a quien robé interminables horas familiares y que, pese a ello, fue parte en el estímulo recibido a buscar los manuscritos originales de los protagonistas; a Carmelo López-Arias Montenegro, quien mostró su entusiasmo por la idea y hasta se tomó el trabajo de leer el borrador y sugerir oportunos cambios; al padre Ernesto Cardozo, asiduo lector de la historia de América, quien preparó en diapositivas una primera conferencia sobre el tema; al teniente de alcalde de Pasajes, Guipúzcoa, Jesús García Garde, quien nos ayudó a mejor comprender el pueblo de Lezo y sugirió que Cartagena y Pasajes se hermanaran, estrechando aun más el vínculo espiritual que las une.

PABLO VICTORIA

Terminado en Madrid el 29 de junio del 2003, festividad de San Pedro y San Pablo

Capítulo I

El amanecer de las velas

—Dadme seis barcos y me tomaré a
Portobelo.
—¡Tomad once y someted a Cartage-
na!

(Diálogo entre el almirante
Edward Vernon y el Parlamen-
to inglés)

—Hoy no es día de mojar pólvora.

(Capitán Sánchez Barcáiztegui
en la fragata *Almansa*, 2 de
mayo de 1866)

Amanecía en Cartagena. Las nubes dispersas en el horizonte de aquel lunes 13 de marzo de 1741 hacían presagiar otro día caluroso, aunque a esas horas el cielo plomizo, entrelazado con destellos de arreboles, podía indicar la llegada de alguna tormenta tropical. Pero era marzo y la gente miraba las nubes con escepticismo porque el «riguroso de

las aguas» iba de mayo a noviembre, ya que de diciembre a marzo los vientos soplan del nordeste y se llevan las nubes amenazantes.

Los lunes en Cartagena de Indias eran días especiales porque existía la superstición de que ese día de la semana sucedían hechos inexplicables; decían que a veces salían ranas y pescados con números dibujados en la piel o en las escamas, y mucha gente se apuntaba a una especie de lotería que se jugaba en la ciudad; los administradores de aquel juego tenían pánico cuando un rumor de éstos corría, porque se comenzaba a apostar a aquellos extraños jeroglíficos con rasgos de dígitos conocidos. Los premios solían coincidir, pero no se sabía si por trampa o casualidad, ni tampoco si las ranas o los pescados habían sido tatuados por humanos o si el tatuaje provenía de alguna predistigación de orden genético. Ese día mucha gente ganaba y los dueños de la lotería perdían. Las autoridades gastaban ingentes cantidades de tiempo tratando de averiguar si, finalmente, eran los administradores los que «cargaban» los números extraídos, o si era una combinación que los propietarios del juego hacían con los avivatos de la calle en orden a enriquecerse más de lo debido.

Los lunes, la gente notable y adinerada aprovechaba para dormir un par de horas más que de costumbre, pues trataba de reponer la «levantada» o la «trasnochada» de la Misa de las tres de la mañana del domingo —a la que se iba para escapar del calor aumentado por las aglomeraciones—; la pereza de los lunes se hizo proverbial y no había quien, de alguna distinción, no la exhibiera para ser asimismo reconocido.

Este trópico producía tales cosas extrañas. Y ese domingo no había sido una excepción en aquella catedral que tenía ya más de siglo y medio de haber sido construida; la ceremonia había sido particularmente larga porque se conmemoraba, con un día de anticipación, el primer aniversario de la incursión que el almirante Vernon había hecho a la

Ciudad Heroica y se temía que, aparte de la segunda efectuada el 3 de mayo del año anterior, hubiese una tercera.

De allí que aquella Misa tuviese tanta significación en la mente de los cartageneros; es más, en todas las iglesias de la ciudad se estaban celebrando rogativas para que se librara a aquel puerto de tan terrible flagelo, pues era cosa sabida que ya España estaba en guerra con Inglaterra.

Los cartageneros recordaban que el ataque de Pointis a la ciudad se había efectuado un día 13 de abril; 13 también había sido el día del primer asalto de Vernon cuarenta y tres años después; ¡y este domingo de rogativas en la Catedral era vísperas de otro fatídico lunes 13! Para colmo de males, la ciudad había sido fundada por un «pleitista», Don Pedro de Heredia, quien en lance a espada con seis adversarios, había quedado mutilado de su nariz; o por lo menos le quedó tan maltrecha, que fue menester su reconstrucción por parte de un famoso médico que ensayó hacerle injertos de su antebrazo:

*Hablándole, miraba la juntura,
y al fin me parecían contrahechas
según manifestaba su hechura
por ser amaratadas y mal hechas.*

Tal era la coplilla que desde 1536 se cantaba del fundador. Por eso alguien también había espetado en la Catedral a algún vecino y próximo de banca: —¡Vivir en esta ciudad es una locura!

—¡Cómo no —le contestó el vecino—, si el «mocho» la fundó por las capitulaciones de Doña Juana la Loca! ¡Qué locura! ¡Qué riesgo! —dijo sacudiendo la mano como subrayando el acontecimiento.

Y entre aquellos dos anónimos personajes, en medio de la solemnidad del ritual tridentino, se fue desarrollando una conversación a manera de sordo susurro: —¡Qué salación,

sí señor! Pero yo he tomado precauciones y he despachado lo poco que tengo a Mompox; mi padre lo hizo a lomo de recua cuando lo de Pointis y logró salvar buena parte de lo suyo. Hay mucha gente que ya lo ha hecho como aquella vez...

—Bueno sí, pero al jesuita Genelli le sacaron veinte mil coronas de oro, Pointis se alzó con nueve millones y los piratas sacaron millón y medio más; así que no todos fueron precavidos. Yo también he hecho lo propio, por si acaso... Las monjas han organizado varias caravanas hacia Mompox con los caudales de la ciudad... En la ciudad, pues, se respiraba ese aire de intranquilidad que llegaba hasta las puertas de la Iglesia. La catedral de Cartagena había sufrido grandes daños porque, en uno de los tantos asaltos, el pirata Drake destruyó tres de sus arcos para conminar el pago de rescate de la ciudad y sólo en 1612 concluyeron las obras de restauración que fueron iniciadas merced a una limosna de dos mil ducados del propio rey, Don Felipe III. Pero aquella Misa había sido particularmente larga, tras la homilía y procesión solemne del Obispo, Don Diego Martínez Garrido, por también estarse celebrando aquel día la fiesta de San Gregorio Magno, a quien Inglaterra, ahora en guerra con España, debía su conversión.

El obispo Martínez se había detenido extensamente en los detalles de la conversión de tan impía nación y se dolía de que su obra se hubiese perdido «por la lujuria de Enrique VIII, que el Diablo tenga en su cueva»; ahora, decía, la amenaza sobre este importante puerto de los dominios españoles en ultramar debía convocar a sus gentes a no bajar la guardia y a rogar a San Gregorio, Papa —por cuya intercesión se esperaba escapar a la amenaza—, a derramar sus bendiciones y protección sobre la ciudad.

En el sermón, el Obispo fue prolífico en mencionar los más abultados pecados de los cartageneros, por los cuales podrían ser castigados; mencionó, de paso, los incidentes acaecidos a finales del siglo anterior por la desunión del